

La Gaceta de ArgAtea



Índice

Opinión General

- *Recordando a Giordano Bruno*. Por Susana Tampieri. *Página 3*.
- *El bien ateo para el buen ateo*. Por Andrés Miñones. *Página 5*.
- *Ockham*. Por Ricardo Fernández. *Página 6*.
- *Por qué no soy creyente*. Por Bernat Ribot Mulet. *Página 7*.

Actualidad

- *El Gran Reto Tântrico*. *Página 19*.
- *Teorema*. Por Susana Tampieri. *Página 21*.

Editores: Ariel N. Bellino - ariel@bellino.com.ar
Emiliano Lleras - bioris@gmail.com
Marcelo Fassanelli - mofassanelli@gmail.com

Aclaración: Los artículos aquí publicados no representan necesariamente la opinión oficial de ArgAtea, y son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Opinión General

Recordando a Giordano Bruno

Por Susana Tampieri
Miembro de ArgAtea

La "Associazione Nazionale del Libero Pensiero" y la "Consulta Torinese per la Laicità delle Istituzioni" organizaron sendos actos, uno en Roma, otro en Turín, el pasado 17 de febrero. Se trató de homenajes a Giordano Bruno, muerto en la hoguera de la Inquisición, en Campo dei Fiori, en 1600. El propósito es instituir esa fecha como Día de la Libertad de Conciencia, de Pensamiento y de Religión.

En 2000, en el cuarto centenario de muerte tan abominable, la Asociación Humanista Ética Argentina "Deodoro Roca" -que presido- organizó algo similar, frente a la Biblioteca Nacional, en Buenos Aires. Hablaron Hugo Estrella Tampieri, Secretario Ejecutivo de la entidad; Emilio Corbière, (fallecido) Vicepresidente, investigador prestigioso; Abel Alexis Latendorf, Legislador porteño; Alfredo Kohn Loncarica, de la UBA, a los que se agregó Ricardo Monner Sans, quien se encontraba entre el público y fue invitado a hacerlo. El epicentro del homenaje estaba en Roma, donde se mencionó nuestra iniciativa, entre las numerosas en todo el mundo.

Giordano Bruno, nacido en Italia en 1548, fue un fraile dominico, filósofo, poeta y dramaturgo, quien, por defender la tesis heliocéntrica del Universo, sufrió la persecución y cárcel de la Inquisición. Fue condenado, luego de siete años de languidecer en las mazmorras de Castel Sant'Angelo. En el camino al cadalso se le perforó la lengua con un perno, atornillado a sus mejillas.

Sus palabras y pensamientos eran peligrosos. Contradecían a las Sagradas Escrituras. ¡Anatema! Tal vez, Benedicto XVI, quien considera que Galileo Galilei tuvo un juicio justo, piense que también lo tuvo Giordano. Y, para Benedicto XVI, el gran hombre se estará rostizando en el Infierno, que es un lugar real.

Me pregunto, porque para eso estoy dotada de libertad de conciencia y de pensamiento, cómo se compadece esa afirmación con lo expresado por Juan Pablo II en 1999, respecto del Infierno: "No es un lugar sino la situación de quien se aparta de Dios" (Los Andes, 9 de febrero, página A18).

¿Y la "Infallibilidad Pontificia", proclamada como dogma, en el Concilio Vaticano I, en 1870? Se estableció que regía para temas de fe, como éste. Era un mal año para el Vaticano, pero muy bueno para Italia... José Garibaldi había entrado a Roma por la Puerta Pía y vencido. La península se unificó políticamente y los enormes Estados Pontificios pasaron a integrarla. Sólo quedó el Vaticano, ratificado por el tratado de Letrán, firmado por Mussolini y Pío XI en 1929, más una indemnización de 85 millones de dólares.

La infalibilidad se estableció como dogma, aunque por un ajustado margen y mucha resistencia. ¿Y ahora?, me pregunto, ¿cuál concepto de ambos es dogma? Este Papa, eliminó el Limbo para que hasta los embriones vayan al Cielo.

Usted se dirá -tal vez- que esto no es importante para alguien que no es católico. Pero no es así, porque inicia una campaña, cada vez más fundamentalista entre creyentes y no creyentes o disidentes o librepensadores o fieles de otros credos, por más que se hable de ecumenismo.

La intromisión clerical en la vida privada de las personas: en sus creencias, sus estados civiles, sus elecciones sexuales, el dominio sobre sus cuerpos, se amplía.

Se actúa como si el catolicismo fuera la única religión a la que una persona debe adscribirse y se asocia la patria a la Iglesia.

No hay más que leer las palabras de monseñor Candia, administrador apostólico del Obispado Castrense, al bendecir los sables de los miembros de las FFAA instituyéndolos, como argentinos, en soldados defensores de la religión católica. Se va al choque con las nuevas disposiciones respecto del ingreso a las mismas, de cualquier ciudadano sin investigar sus creencias.

Esto coincide con la demora en conceder el placet al propuesto embajador argentino ante el Vaticano porque es divorciado y vuelto a casar. Decisión privada que autorizan las leyes del país. ¿Y por qué se otorgan honores al tres veces casado y mediático presidente de Francia? ¿Será por haber incorporado su partido a la Democracia Cristiana Internacional, además de algunos otros favores? Lo del Dr. Iribarne resulta, entonces, vengativo. ¿Será por monseñor Baseotto, aconsejando al ministro de Salud que se arrojara al mar por pensar distinto?

Por eso me preocupa que Benedicto XVI nos mande al Infierno.

No legisla “para adentro”, legisla “para afuera”. Y no se puede uno quedar callado ante eso.

Así, la fecha del 17 de febrero se torna emblemática. Porque hubo un hombre, Giordano Bruno, un pensador extraordinario, autor de más de 22 tratados, un investigador que, a fuerza de genio, descubrió, por ejemplo, que el Sol era mucho más grande que la Tierra y, con Galileo, que ésta giraba en torno de aquél. Y fue asesinado por ello.

“En 1889, un grupo de partidarios erigió en el Campo dei Fiori, una estatua de bronce, fundida por Ettore Ferrari, en homenaje a Bruno, y la acción fue condenada sin mayores ceremonias por el Papa de entonces, León XIII. En una fecha tan reciente como 1942, el cardenal Mercati -el hombre que descubrió los documentos perdidos en los que se relata el juicio romano de Bruno- declaró que la Iglesia hizo muy bien quemando a Bruno porque éste se lo tenía merecido (de “Giordano Bruno, el hereje impenitente”, de Michael White).

Los que defendemos el laicismo deseamos una sociedad libre y abierta, donde cada persona tenga las creencias que quiera, o no las tenga. Siempre y cuando éstas no interfieran con las de los demás. Deseamos un Estado neutral, que lo aleje de tentaciones fundamentalistas y del monopolio de una u otra fe. Creemos que el desastre de las guerras de religión, que ocultaban ansias de poder y control, devastaron a continentes enteros. Y creemos que la historia no debiera repetirse. Los fundamentalistas necesitan un enemigo para cohesionarse. Y si éste no existe, lo inventan. Vemos, con preocupación, cómo se mezclan indebidamente los ámbitos religiosos y civiles y nos angustia que esto siga costando vidas.

Y me pregunto, con Domingo Faustino Sarmiento: ¿Por qué cuando la Iglesia dominó al mundo, no lo educó? Un mundo sumergido en el miedo y la superstición, con mayoría de analfabetos. Un mundo sin movilidad social.

¿Qué mejor final que las mismas palabras de Bruno, en “De Monade”, que suenan a despedida: “Había en mí algo que yo era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa”.

Nota publicada en el diario Los Andes
<http://www.losandes.com.ar/notas/2008/2/20/opinion-257576.asp>

El bien ateo para el buen ateo

Por Andrés Miñones
Miembro de ArgAtea

El asunto del bien y del mal es quizás el que más reparos despierta en los creyentes que no ven compatibles el ateísmo y la moral.

No estoy hablando aquí de los simplones que sostienen que los ateos negamos a Dios para dar rienda suelta a todos nuestros vicios y perdiciones sin nadie que nos castigue. Esta gente, que parece creer que negando la existencia de los jueces uno puede escaparse de la justicia, no merece demasiada atención.

Sin embargo, hay otra idea, y poco más “filosófica”, que pretende inútil una moral sin un referente absoluto, que por supuesto, para ellos es Dios.

Antes de empezar con mi visión, necesito aclarar que es solo esto: mi visión. Muchos ateos pueden no compartir este punto de vista sobre la moral, y en contra de lo que los teístas ven como un defecto, el hecho de no tener dioses que escriben la moral en una piedra, es para mi una virtud que nos da la posibilidad de entre todos ponernos de acuerdo acerca de como queremos vivir.

El planteo teísta afirma que ante la inexistencia de un Bien absoluto no hay posibilidades de establecer acuerdos sobre que cosas están bien y que cosas están mal, porque simplemente no hay un Bien y un Mal “referente”. Personalmente tengo varias objeciones a este planteo:

Empecemos por suponer efectivamente la existencia del un Bien absoluto, con o sin Dios. Debería estar claro que solo puede existir un Bien absoluto, y no varios distintos, por lo que la existencia de N “morales divinas” distintas nos hace suponer que al menos N-1 no son absolutas. Ahora, suponiendo que una de ellas si lo sea, el problema es encontrar algún mecanismo que nos permita conocer cual es esta moral y para ser honesto, tal mecanismo no es incluido en el palabrerío teísta. El Bien absoluto está perfectamente escondido entre todos los imaginables “bienes relativos” de forma que nunca podremos saber si nos acercamos o no a este, lo que vuelve poco (por no decir nada) útil su existencia en la práctica. Así, un “bien relativo sin referente absoluto” (por ser este último desconocido) no tiene ninguna ventaja respecto a un “bien relativo sin referente absoluto” (por ser este último inexistente).

En segundo lugar, no parece muy razonable la afirmación de que no tiene sentido un sistema relativo sin un referente absoluto: Todos conocemos el sentido y la utilidad de los términos “arriba” y “abajo”, pero no me imagino a los creyentes afirmando un Dios con determinada orientación respecto a la cual afirmar donde está su “arriba” y donde su “abajo”. Simplemente uno, al mencionar “arriba” aclara explícita o implícitamente cual es el marco de referencia donde aplicar ese “arriba”, pero es una locura suponer un “verdadero arriba”. Se me ocurre que una analogía obligada es un sistema de coordenadas. Cualquiera que recuerde algún curso de matemática, física o geografía habrá oído hablar de X e Y o latitud y longitud. Por aquellos juveniles años, estaba claro que todos los sistemas debían tener un origen de coordenadas, pero nunca nadie mencionó un sistema de coordenadas con un origen absoluto, único y perfecto. Lo que un sistema de referencia necesita es un marco claro (y por supuesto conocido), pero de ninguna manera es necesario que sea absoluto sobre el que montar los otros. Justamente lo contrario a la idea de Bien teísta, que es absoluto pero desconocido. Y si bien todos los sistemas de coordenadas que usamos son relativos, no me encontré con nadie que me haya pretendido convencer de que son inútiles o que encuentre problemas para utilizar el término “arriba” por la simple falta de un “arriba absoluto”.

Ahora lo que tanto preocupa a los teístas: ¿La falta de un Bien absoluto implica que todo da lo mismo? A un universo sin conciencia, efectivamente todo “le da lo mismo” o más bien “no le da nada”. Pero no parece necesario aclarar que a nosotros no todo nos da lo mismo. Tenemos preferencias, y frecuentemente las asociamos con lo bueno, aunque sabemos que no son necesariamente las mismas preferencias que tienen los otros. Y cuando surgen estas diferencias, podemos intentar imponer nuestra idea de lo bueno, o tratar de llegar a un acuerdo, pero cualquiera de estas opciones no vuelve a nuestra verdad “más absoluta” que las otras. Por acuerdo o por imposición se establecen leyes que se convierten en parte de nuestra moral, y adoptamos costumbres con las que nos sentimos más cómodos y que también se vuelven parte de nuestra

moral, pero todas son relativas a un contexto, a una época, a una geografía, a una cultura, etc. Hasta las morales que se pretenden más absolutas han sido modificadas radicalmente. Y quien necesite ejemplos, no tiene más que hojear el Antiguo Testamento, y ver la "moral absoluta" de aquellos tiempos, y como los mismos judeocristianos necesitaron relativizarla de manera más o menos obvia, a la luz de lo brutal que nos parece hoy día.

Hay cierta tendencia a buscar casos "extremos" donde parece que todos estamos de acuerdo en aquello que está bien. Como regla general aceptamos que evitar el sufrimiento es lo Bueno, pero ni todos quieren evitar el sufrimiento siempre, ni siempre es la mejor opción ante un problema. Incluso desde una perspectiva humana, asistir a un niño enfermo parece indiscutiblemente bueno, por lo que estamos tentados a decir que si todos los humanos estamos de acuerdo, esto es parte del Bien absoluto. Pero desde una perspectiva no-humana, eliminar el mecanismo de selección natural para decidir si el niño debe vivir o no, quizás no sea una buena idea para mantener la especie en condiciones. Claro que soy humano, y no puedo dejar de verlo bajo esa perspectiva humana, pero no quiero perder de vista que existen otras, y que no puedo afirmar que la mía sea la absoluta. Si aún estando todos de acuerdo en una moral específica no podemos asegurar que esta sea absoluta, mucho menos podemos hacerlo cuando tenemos diferencias. Pero que no podamos conocer lo que está Bien o Mal, o directamente que no exista el Bien y el Mal, no implica que no podamos ponernos de acuerdo sobre que cosas nos gustan, y cuales cosas no nos gustan y no vamos a aceptar dentro de nuestra sociedad.

Llegamos entonces a un punto donde entender el bien como un concepto relativo con o sin un referente absoluto no parece ofrecer ninguna ventaja en la práctica, salvo quizás que la segunda opción parece más parsimoniosa. Podemos ver que existen innumerables ideas sobre el bien, y ninguna pista sobre como sea el Bien absoluto, por lo que lejos de ser un tema que ponga en aprietos a los ateos, más bien veo en la inexistencia de noticias del Bien absoluto, o en el mejor de los casos en la imposibilidad de conocerlo (de manera que nos reporte alguna utilidad) un gran apuro para los teístas, que nos presentan un Bien tan existente, difuso e incomprensible como su mismo Dios.

Nota publicada en el blog "Ateo, Militante y que?"

<http://ateomilitante.com.ar/?p=93>

Ockham

Por Ricardo Fernández
Colaborador externo

Desde el siglo XVII, aunque procede de la filosofía griega, se popularizó en filosofía de la ciencia un principio conocido como "de parsimonia" o "navaja de Ockham", por el uso que hizo de él el filósofo y monje franciscano William de Ockham (1235-1349) en sus escritos y peleas con el Papado a raíz de su excomunión.

El llamado "principio parsimonia" o de "economía del pensamiento", o más comúnmente, la "navaja de Ockham" dice "Entia non sunt multiplicanda sine necessitate" (los entes no deben ser multiplicados si no es necesario) y viene a indicar que entre todas las explicaciones la más simple es siempre la mejor; dicho de otra manera que "no hay que multiplicar las hipótesis innecesariamente".

Por este principio, algunos creyentes sostienen que la "navaja de Ockham" puede ser usada para defender la idea de un Dios creador frente a la evolución. La suposición de que un Dios ha creado todo es mucho más simple que la evolución, que es un mecanismo muy complejo. Pero la "navaja de Ockham" no dice que la hipótesis más simple sea la cierta. Si fuese así, "la navaja de Ockham" sería la navaja roma de los simples.

Entonces, ¿por qué tiene tanta importancia en la investigación científica la aplicación del principio de parsimonia? ¿Por qué los ateos usan con tanta frecuencia este principio para desmontar las creencias de los teístas? Pues porque se trabaja mejor con pocas hipótesis y cuanto menos se por hecho, mejor. Es una cuestión de sencillez en la construcción de la investigación. Es un principio, ampliamente comprobado en la investigación, que funcionan mejor las hipótesis sencillas que

abarcan más datos empíricos que las hipótesis complejas. De ahí la brillantez de la ecuación de Einstein para explicar la relación entre masa y energía.

El trabajo con pocas hipótesis, que éstas sean falsables, además de demostrables, es otro de los principios básicos para llegar a conocimientos ciertos, por lo que la idea de Dios no permite su uso como elemento de trabajo. Y me explico: para Popper estimar cual es la mejor de entre dos o más hipótesis que compiten entre si consiste en un método deductivo de contrastación o falsación. Una hipótesis es falsada cuando se descubre algún determinado hecho o situación que no es verificada por dicha hipótesis. Para Popper una hipótesis que no es falsable es inaceptable y se encuentra fuera del marco de la ciencia. Lo que nos lleva a que la idea de Dios, en cuanto Éste es omnipotente y omnisciente, es la hipótesis errónea, pues todo se explica en Él y no hay manera de falsar ningún dato.

Cumplir el método científico, cuya regla básica es que las hipótesis deben poder ser verificadas en experimentos reproducibles o susceptibles de ser falseadas mediante un razonamiento matemático es básico. No es válido afirmar que Dios no necesita ser demostrado por estos métodos, eso es jugar con las cartas marcadas. Si una hipótesis no es falsable es que es errónea e inútil. Busquemos otra.

El compromiso moral del ateo es ser fiel a la experiencia, al objeto de conocimiento: ser objetivo. La solidez del razonamiento debe ser respaldado por lo empírico. Cualquier otra consideración, creencia o revelación quedan fuera del campo de discusión o estudio, salvo divertimento intelectual, y aún éste debe observar la regla elemental de la ironía: la duda.

Por qué no soy creyente

Por Bernat Ribot Mulet

“La razón es siempre dueña de sí misma, porque cuando se corrige, sigue siendo ella misma”

Gonzalo Puente Ojea

La razón es la base del conocimiento. Pero, si alguien afirma que la razón no es el factor exclusivo del conocimiento, habrá que preguntarle qué razón le ha inducido a basar ciertas afirmaciones no basadas en la razón. Si nos da suficientes razones para demostrarlo, la prueba de que existe algo más que la razón para obtener el conocimiento, estará basado en la razón; con lo cual, el método no basado en la razón para alcanzar el conocimiento sería razonable. La evidencia de la contradicción es definitiva: la verdad sólo se puede obtener por la razón. La máxima expresión de inteligencia y dignidad humana es el noble deseo de conocimiento de la verdad, sean cuales fueren sus consecuencias.

La investigación, tanto científica como filosófica realizada con atrevimiento y osadía, es la actividad que distingue dignamente al ser humano al utilizar la inteligencia y los conocimientos, adquiridos a través de ésta, para evolucionar. La filosofía -entendida bajo su aspecto etimológico como “amor a la sabiduría”- proporciona, por medio de una ética laica, los elementos necesarios para discernir lo que realmente es bueno o malo para el ser humano. No necesitamos inventar dioses ni “contra naturas” para dirimir la moralidad de los actos humanos; nos basta la razón. Y, mientras el ser humano no se rija única y exclusivamente por ésta, nunca podrá conseguir esa sociedad ideal tan deseada por todos, en la que hayan desaparecido la injusticia, el hambre, las guerras y todos aquellos males que están en manos del hombre evitarlos.

La plena realización mental, cultural y psicológica del ser humano supone eliminar todo resquicio alienante de su mente, por lo que es totalmente exigible un proceso racional que justifique cada uno de los sentimientos, pensamientos e ideologías. Hoy por hoy, los niveles alcanzados por la ciencia y la filosofía, no pueden aceptar por más tiempo la presencia de cualquier creencia que no esté justificada por la razón. La razón es el tamiz que nos permite vislumbrar la verdad a través del espeso bosque de las creencias; y hay un hecho incuestionable: mientras que todas las verdades universales han sido suministradas por la razón, ninguna verdad ha sido proporcionada por el mundo de las creencias. La exigencia de verdad que debe caracterizar el sentido de la justicia queda reflejada en los excelentes códigos éticos de la ciencia y de la filosofía suministrados por Mario Bunge y que merecen ser transcritos íntegramente:

“La actividad científica es una escuela de moral, por exigir la adquisición o el afianzamiento de los siguientes hábitos o actitudes:

- 1.- La honestidad intelectual (o culto a la verdad), el aprecio por la objetividad y la comprobabilidad, el desprecio por la falsedad y el autoengaño. La observancia de la honestidad intelectual exige:
- 2.- La independencia de juicio, el hábito de convencerse por sí mismo con pruebas, y de no someterse a la autoridad. La honestidad intelectual y la independencia de juicio requieren, para ser practicados, una dosis de:
- 3.- Coraje intelectual (y aún físico en ocasiones): decisión para defender la verdad y criticar el error cualquiera que sea su fuente y, muy particularmente, cuando el error es propio. La crítica y la autocrítica practicadas con coraje infunden:
- 4.- Amor por la libertad intelectual y, por extensión, amor por las libertades individuales y sociales que las posibilitan; concretamente desprecio por toda autoridad infundada -sea intelectual, religiosa o política- y por todo poder injusto. La honestidad intelectual y el amor por la libertad llevan a afianzar el
- 5.- Sentido de la justicia, que no es precisamente la servidumbre a la ley positiva -que nos imponen y que puede ser injusta- sino la disposición a tomar en cuenta los derechos y opiniones del prójimo, evaluando sus fundamentos respectivos.

Honestidad intelectual, independencia de juicio, coraje intelectual, amor por la libertad y sentido de la justicia: cinco virtudes que el oficio de conocer exige y refuerza mucho más que el oficio de la ley, porque surge de un código interno, autoimpuesto, que responde a la mecánica de la investigación y no dependen de una sanción exterior. Cinco virtudes que acompañan la búsqueda de la verdad tanto en la ciencia como en las humanidades, donde las exigencias de rigor lógico y de comprobación empírica son máximas.

La misión de la ciencia no es acatar sino innovar, no es ocultar sino descubrir. De ahí que la moral de la ciencia sea autónoma (por oposición a los códigos autoritarios morales) e iluminista, por oposición a la moral de la guerra (militar o comercial), de la religión y del humor, todos los cuales son oscurantistas en el sentido que mandan no aclarar ciertos puntos. La explicación, que mata el secreto militar y comercial, mata también el sentido religioso y el chiste, pero es, en cambio, la sal de la ciencia que adopta el mandamiento: “explicarás, aclararás y difundirás hasta donde puedas”. La ciencia es un medio de producción con una modalidad ética bien precisa: no puede haber ciencia deshonesto, ciencia en búsqueda deliberada del error, o que eluda la crítica, o que suprima la verdad. La búsqueda de la verdad objetiva impone una recta conducta, al menos dentro del recinto de investigación y en lo que se refiere al proceso de planteo y solución de problemas. Ninguna otra actividad posee esta característica en forma tan marcada. Se puede fabricar un manual de historia repleto de mentiras, un cosmético fraudulento o un acontecimiento político tenebroso sin escrúpulo moral alguno, no así una teoría verdadera o un experimento auténtico. En principio, pues, la ciencia es una fuerza moral a la vez que productiva.

Código ético de filosofía

- 1.- No filosofarás sobre la ignorancia, sino fundándote sobre el conocimiento; para esto empezará por adquirirlo. O sea, “primum cognoscere, deinde philosophare”.
- 2.- No te jactarás de poseer poderes cognoscitivos especiales de alcanzar el conocimiento por vías suprarracionales o supraempíricas: aprenderás con trabajo sin creerte dueño privilegiado de una intuición especial, visión de las esencias, sentimiento de los valores o comprensión simpática que te permita ahorrarte el aprendizaje y la investigación y eximirte de ser criticado.

3.- Intentarás expresarte con sentido y con claridad, formulando enunciados que, por poseer significado, sean susceptibles de ser convalidados o, al menos, justificados pragmáticamente: rehuirás la frase sonora pero hueca o irrefutable, no disimularás la vaciedad conceptual con un lenguaje oscuro o metafórico, no reemplazarás al análisis por el juego de palabras.

4.- Justificarás lo que afirmes: intentarás ofrecer los medios para el test lógico o empírico de tus aserciones, y recurrirás a la autoridad solamente como expediente pragmático transitorio.

5.- No te atarás a dogma alguno: en particular no acatarás filosofías de iglesia ni de partido, y no te encerrarás obstinadamente en una escuela; tomarás el partido de la verdad, no cesarás de dudar, de criticar, de poner a prueba, de preguntar y de preguntarte; te rectificarás cuantas veces lo exija el ajuste a la verdad sin vergüenza, ya que lo vergonzoso es seguir creyendo que puedan existir, fuera de las ciencias formales, verdades irrefutables y definitivas, y que un individuo o una secta puedan poseer la suma del saber.

6.- Te renovarás: no te fosilizarás, sino que te mantendrás alerta a las grandes novedades del saber, sin intentar forzarlas en tus esquemas preconcebidos: antes bien, reajustarás de continuo tus esquemas a la novedad, aunque sin abandonar la cautela propia del sabio que impide aclamar lo último como lo mejor o lo más verdadero.

7.- Tolerarás toda investigación científica de hipótesis que no creas; pero serás intolerante con la ignorancia organizada, con el oscurantismo, con el mito, con las barreras a la búsqueda y la difusión del conocimiento.

Sostener que el goce ético y una educación para refinarlo deben ocupar un lugar más importante que la búsqueda de la verdad, de la utilidad y del bien social, no es hoy signo de cultura refinada, sino de incultura, de egoísmo, de frivolidad propia de salones victorianos” Mario Bunge en “Ética y ciencia”

La fuerza moral que surge de estas directrices transmite de forma explícita ese deseo de verdad que es intrínseca a la honradez intelectual. En esta recopilación normativa no hay lugar ni refugio para las creencias dejando exclusivamente para ellas el reducto de la fe. ¿Puede la Iglesia Católica presumir de cumplir tan sólo uno de estos principios? ¿Ha podido dicha institución, demostrar durante dos mil años tan sólo una sola verdad de sus postulados? La Iglesia Católica, a través de sus alocuciones dirigidas a los creyentes, ha defendido a ultranza ese amor por la verdad, “su verdad”. Ahora, por ironías del destino, una conocida frase evangélica “La verdad os hará libres” puede volverse en su contra. No hay más verdad que la que se puede demostrar; y la Iglesia Católica se halla en plena bancarrota filosófica. La lectura de los tres primeros capítulos del Catecismo, publicado por “La Asociación de Editores del Catecismo” y refrendado por Juan Pablo II, delata -no ya la pobreza y carencia total de argumentos- sino una descomunal cantidad de aporías, incoherencias y despropósitos que dejan al descubierto las tremendas sospechas de invención, lenta pero eficaz, de una creencia mítica desmantelada por la moderna investigación histórica, tanto de los Evangelios como de la propia Iglesia Católica.

En el artículo “Siempre igual a sí misma” insertado en su libro “Fe cristiana, Iglesia, poder” G. Puente Ojea expresa magistralmente la necesidad de la verdad: “Pero en la vida nada puede construirse con solidez si se opta por dar la espalda a la verdad, cuando la legalidad de la lógica nos cierra el camino. Las supuestas verdades eclesiológicas configuran una doctrina escandalosamente irracional, muy alejada de aquella pretensión tomista de la fe como “obsequium rationale”. Como todos sabemos hoy, la verdad, en general, es la meta, nunca realizable, de un infinito proceso de búsqueda en libertad, un movimiento a la caza de certezas empíricas -únicas certezas con las que todo ser humano debe contar si no quiere vivir en un mundo de fantasías-. Ni siquiera la teología, si desea reclamar un mínimo de legitimidad intelectual, puede volver la espalda al imperativo incuestionable de exhibir la certeza verificable de sus premisas históricas. Partir, como sucede con la “theologia fidei”, de premisas incontrolables vicia sin remedio toda denominada ciencia teológica de la Iglesia, que olvida que, para ella, lo que no es empíricamente comprobable, con criterios históricos, carece de valor argumental al deslizarse por la cascada de juicios analíticos y de tautologías cuyo destino final es simplemente el sofisma y la confusión mental. Sólo la libertad intelectual, moral y social del hombre habilita a éste para la marcha progresiva hacia la verdad.

Una dilatada experiencia histórica nos muestra que la ignorancia ha sido y sigue siendo la aliada natural de la Iglesia y el mejor preservativo de la Fe. Repitamos entonces el lema agustiniano, pero con el acento novador y revolucionario que le incorporaron el humanista del Renacimiento y el filósofo de Koenisberg: "sapere aude!": ¡atrévete a saber!... Rechacemos la rutina de la obediencia, erigida por la Iglesia en el valor fundamental." Dignas palabras que se hacen consecuentes con el espíritu central del código de M. Bunge, principalmente en lo que respecta a ese tan necesitado coraje intelectual a la hora de enfrentarse a la verdad cuando ésta puede ser dolorosa. Y, no obstante, la liberación que supone arrojar el lastre de las creencias es una experiencia auténticamente enriquecedora, por cuanto se hace la luz, la luz de la verdad como resultado de haber eliminado la mentira. Todo cambia con la luz de la razón. Solamente desde esta situación se puede dominar el horizonte del conocimiento, y sólo desde esta misma situación se puede entender el verdadero significado de la alienación. Afrontar la vida desde la perspectiva de la incredulidad, desde esa mentalidad filosófica, auténticamente genuina, que caracteriza al "buscador de la verdad" que sólo cree en lo racional, permite al ser humano vislumbrar con gran objetividad y realismo las posibles soluciones a las grandes cuestiones problemáticas que afectan a la humanidad. Desprenderse de los dioses, implica recuperar la dignidad perdida y usurpada por la imaginación prehistórica que se sometía a sus propios inventos. Es hora ya de poner las cosas en su sitio y de exigir que el hombre sea dueño de sí mismo a través de la emancipación psicológica, cultural y moral, y rechazando las directrices irracionales de los iluminados que impiden la madurez y la autonomía que pertenece al ser humano por derecho propio. No podemos esperar por más tiempo que los dioses nos solucionen los problemas. Les hemos dado más de dos mil años para podermos mostrar sus poderes que sus representantes en la tierra nos dicen que tienen. El abandono total y absoluto del hombre, por parte de los cielos, obliga a la razón, avalada por sus resultados, a exigir el desmantelamiento definitivo de las creencias; y el creyente que se escandalice o se inquiete ante tal amenaza, debe saber que la razón es enemiga de la imposición, de la intolerancia o de la violencia -algo de lo que no pueden presumir algunas instituciones religiosas-. Dicho desmantelamiento -que se inició hace algo más de dos siglos- se está llevando a cabo respetando la libertad religiosa y de conciencia de todos los seres humanos. A la razón basta que la dejen en libertad para cumplir su cometido.

¿Por qué tiene que ser Dios tan enigmático e irracional? ¿Por qué no puede mostrarse tal cual es para evitar la enorme paradoja de la fe? ¿Por qué se esconde del hombre y exige que le encuentre con la sola ayuda de la fe? Los antropomorfismos que hacen posible que a Dios se le atribuyan todas aquellas propiedades humanas elevadas a la máxima potencia, deberían hacer de Dios el ser más razonable posible o la razón suprema y, sin embargo, nadie ha visto a Dios; y los mensajes que "nos dejó escritos" confundieron a los primeros cristianos hasta tal punto que "a principios del siglo III, el obispo Hipólito de Roma citaba treinta y dos sectas cristianas enfrentadas entre sí, y casi dos siglos después, a finales del IV, el obispo Filastro de Brescia hablaba de ciento veintiocho sectas más veintiocho herejías. Los cristianos, peleados unos con otros, tratando de imponer cada doctrina propia al resto de seguidores de Jesús y enemistados con todos los judíos, dieron un espectáculo deplorable(...)La facción católica y sus dogmas sería la vencedora final gracias a Constantino, pero no cabe ignorar que hoy, aún peor que en estos días, el cristianismo se halla dividido en varias grandes religiones y centenares de sectas de todos los tamaños, con cada una de ellas arrogándose la legitimidad y la ortodoxia del seguimiento del Jesús-Cristo." (Nota del libro "Mentiras fundamentales de la Iglesia Católica" de Pepe Rodríguez)

¿Cómo puede la Iglesia afirmar sin escrúpulo que "Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. "Dios, que habita una luz inaccesible (1 Tm 6,16), quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf Ef 1, 4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle (...). Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2,4), es decir, al conocimiento de Cristo Jesús. Es preciso, pues, que Cristo sea anunciado a todos los pueblos y a todos hombres y que así la Revelación llegue hasta los confines de la tierra" (Catecismo de la Iglesia Católica). Todo el poder de Dios no ha bastado para darse a conocer con claridad al ser humano que se aleja de él a marcha forzada. Si leo la Biblia como "palabra de Dios" debo exigir la correspondiente prueba de que efectivamente es su palabra; y la Iglesia Católica responde con otra clamorosa petición de principio: La Iglesia

Católica afirma que su autoridad para anunciar la inspiración divina de las Escrituras, procede de las Escrituras. Sin comentarios.

¿Pueden convencer las Escrituras de su veracidad por lo que cuentan? ¿puede hallarse en ellas una claridad tan excelente que no puedan hacer dudar a nadie? La respuesta ya está dada en la anterior nota de Pepe Rodríguez acerca de las enormes divergencias que surgieron en los primeros siglos y que se mantienen en la actualidad. ¿Qué argumentos ofrece la Iglesia para que creamos en ella y en su dios? Ninguno. ¿Por qué iba a creer en alguien que afirma que nació en Ganímedes o en Marte? y si dicho personaje me promete un montón de sustanciosos regalos si creo sinceramente en él ¿cómo puedo eliminar sinceramente y voluntariamente mi escepticismo para conseguir dichos regalos?

La Fe

“La verdad os hará libres”. (Juan 8:32)

“...la mentira creyentes”. (P. Rodríguez)

Si Dios es inaccesible por su irracionalidad, ¿por qué alguien puede creer actualmente en Dios a pesar de la ciencia y la filosofía modernas que no hallan el menor atisbo de su existencia? La respuesta la da G. Puente Ojea de forma clara y precisa: “En un país de tradición cristiana, la disposición mental favorable a comportamientos fideístas es inculcada desde la infancia, mediante los mecanismos más eficaces para la edificación de un fuerte superego que condiciona drásticamente toda la economía afectiva de la personalidad. La cuestión de la fe no se plantea para este tipo de personalidad como una cuestión, porque la asimilación precoz de la fe ancestral ha desalojado ya la posibilidad de asumirla realmente mediante un acto ponderativo y deliberativo del intelecto y una decisión de voluntad. No en balde la Iglesia hace del monopolio de las escuelas y de los valores de la familia tradicional -en cuanto máximo instrumento de reproducción del sistema social y cultural- una cuestión de vida o muerte (...). No puede declararse retóricamente la igualdad de derechos y la libertad de opción, cuando previamente a la madurez intelectual indispensable para ejercer derechos y tomar opciones, el Estado ha entregado ya a la Iglesia un cauce jurídicamente privilegiado de acceso a la mente del niño, con una influencia determinante del desarrollo ulterior de esa mente” (Fe cristiana, Iglesia, poder). El moldeamiento ideológico al que es sometido el creyente desde su infancia le sitúa fuera de la realidad objetiva cerrándole el paso a la razón. En “Dios y los naufragos” J. R. Ayllón cita una frase de Dostoievski que refleja el sentir general del creyente: ...“si alguien me probase que Cristo no es la verdad, y si se probase que la verdad está fuera de Cristo, preferiría quedarme con Cristo antes que con la verdad” ¿Por qué alguien preferiría la mentira a la verdad? La razón está en que el creyente “ama” su creencia; necesita de ella; se enamora de ese Dios del que le han contado maravillas repitiendo la actitud psicológica de aquellos adolescentes -y no tan adolescentes- que atribuyen cantidad de virtudes y cualidades a su amor platónico. Cualquier ataque racional a la existencia de Dios es rechazado por el creyente de la misma manera que el “enamorado” rechaza cualquier crítica hacia la persona que es objeto de sus sentimientos. Lo que en realidad encubre esa negativa ante las críticas es el miedo a que puedan ser verdad, por lo que nos encontramos ante una actitud, o bien de inmadurez psicológica, o bien ante una cierta falta de honradez intelectual. El corolario que se puede extraer de todo ello es que el creyente no es la persona más adecuada para debatir -no ya la existencia de Dios- sino cualquier tema crítico relacionado con sus creencias. La cerrazón de la que es objeto el creyente le impide -no vislumbrar la lógica de la argumentación, que sí puede verla- sino ser coherente con esa lógica, ya que ello significaría abandonar ese puntal de apoyo que supone la creencia en Dios. Y, no obstante, hay que constatar que la gran mayoría de ateos de este país -que hemos superado los cuarenta- hemos sido educados en el nacional-catolicismo, el cual nos inculcó en la infancia esa misma fe que hace posible creer en lo invisible. Si la gran mayoría de creyentes no pueden eludir la parcialidad, a la que hacía referencia anteriormente, ¡qué mayor garantía de imparcialidad no resulta del fervoroso creyente que abandona su fe en favor de la razón! Los ateos, que hemos sido creyentes, nos hallamos -respecto de los creyentes- en la misma situación de privilegio que el adulto respecto del niño. Habiendo experimentado, el adulto, la faceta de la niñez, puede entender la mente del niño; mientras que éste nunca podrá entender el pensamiento adulto hasta que llegue a él. Toda aquella argumentación pueril, por parte de la Iglesia Católica, según la cual sólo se puede acceder al conocimiento de Dios a través de la fe, por lo que los ateos “no podemos entender las cosas de Dios”, no sólo queda hecha añicos, sino que

se vuelve en su contra; únicamente los ex-creyentes podemos abarcar todo el campo epistemológico necesario para hablar de Dios: el de la fe y el de la razón. Si la Iglesia prefiere la fe a la razón, está en su derecho, mas es necesario analizar esta palabra tan corta como absurda.

Según voy leyendo el "Catecismo" me voy encontrando a cada paso unas dificultades insuperables que, por su cantidad, forman parte intrínseca y habitual en la dogmática católica. Así, en el párrafo 157 se afirma sin ningún reparo: "La fe es cierta, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la palabra misma de Dios que no puede mentir". En primer lugar, la fe es una apuesta por la presunta verdad de algo, por lo que no puede ser, "a priori", ni cierta ni incierta hasta que se haya demostrado su verdad o falsedad. En segundo lugar, si la imposibilidad de demostrar la existencia de Dios da lugar a que sólo se pueda creer en él por fe, no puede afirmarse que la fe procede de Dios sin, antes, haber demostrado su existencia. Es más, una vez demostrada la existencia de Dios, habría que demostrar que la fe -que ya no sería necesaria- procede de Dios. La necesidad de la fe y la exagerada insistencia en ella, encubren la desesperación que subyace en la Iglesia ante la imposibilidad de demostrar la existencia de su dios. Una desesperación que se traduce en frases tan absurdas como la anteriormente citada, y que obedecen a un plan de adoctrinamiento más cercano a la alienación que a la razón. La taumaturgia dialéctica de la Iglesia es increíblemente procaz en unos tiempos en los que necesita urgentemente responder la argumentación del hombre moderno que empieza a perder la fe, precisamente por la falta de argumentos racionales. La Iglesia ha convertido la fe en un mecanismo psicológico de retroalimentación al hacer de ella una virtud necesaria para la salvación: "Creer en Cristo y en aquel que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación. Puesto que sin la fe es imposible agradar a Dios y llegar a participar en la condición de sus hijos, nadie es justificado sin ella y nadie, a no ser que haya perseverado en ella hasta el fin, obtendrá la vida eterna". (párrafo 161) y en el resumen de este mismo capítulo dedicado a la fe, sentencia: "La fe es necesaria para la salvación. El Señor mismo lo afirma: El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará" ¿Dónde está la libertad de conciencia? ¿Desde cuándo la fe es un acto voluntario? Sin embargo, parece ser que la Iglesia fue consciente de que la famosa frase "Extra ecclesiam nulla salus" que atemorizaba a sus súbditos en otros tiempos, no podía sostenerse en la era de la razón, y en el párrafo 160 nos dice: ..."nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe (...) Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados" ¿En qué quedamos? ¿Se salva o no se salva, uno, sin la fe? No deben sorprendernos esos artimañas a las que es tan aficionada la Iglesia Católica. Por una parte, no puede eliminar de raíz la frase dicha por Cristo ya citada (Mc. 16,16); por otra, no considerar la libertad de conciencia supondría presentar a un dios tremendamente injusto; tanto es así que la Santa Madre Iglesia ¡ha tenido que corregir a su propio dios! Para ayudar a deshacer el enredo, se afirma que la fe es una gracia, un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por él. Y, a continuación, se dice que la fe es un acto humano: "Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero, no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano"... (párrafo 154) Si la fe es un don de Dios y sólo es posible creer por la gracia del Espíritu Santo, la salvación no depende del hombre sino de la voluntad de Dios. Pero hay más: "En la fe, la inteligencia y la voluntad humana cooperan con la gracia divina: Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia". Esto ya es rizar el rizo. Se mezclan la fe, la inteligencia, la voluntad con la gracia de Dios, cuando la fe es contraria a la inteligencia, no es voluntaria, y, si es un don de Dios, no puede ser un acto "auténticamente humano". Si a este mejunje le añadimos los párrafos 35, 36 y 37: "Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un dios personal. Pero, para que el hombre pueda entrar en su intimidad, Dios ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger en la fe esa revelación en la fe. Sin embargo, las pruebas de la existencia de Dios pueden disponer a la fe y ayudar a ver que la fe no se opone a la razón humana. La Santa Madre Iglesia mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas. Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios". Sin embargo, en las condiciones históricas en que se encuentra, el hombre experimenta muchas dificultades para conocer a Dios con la sola luz de la razón (...) Por esto el hombre necesita ser iluminado por la revelación de Dios, no solamente acerca de lo que supera su entendimiento, sino también sobre las verdades religiosas y morales que de suyo no son inaccesibles a la razón (...)" la cosa podría quedar así:

Si tú quieres puedes, pero si no puedes, no es que no quieras, es que te falta algo, y ese algo lo debes pedir, pero, para que te lo concedan, tienes que tener fe. Si no la tienes, malo, te condenas; pero para eso está la gracia del Espíritu Santo que te concede el don divino de la fe -si tienes fe- que te ayuda a comprender a Dios cuando tu inteligencia no te basta para entender que la razón es insuficiente para tener la voluntad de pedir ese don que el Padre, a través del Espíritu Santo, te concede si le caes en gracia. Si le caes en gracia, te hará la gracia de enviarte al hijo para que te revele que necesitas la fe necesaria para obtener la confianza en Jesucristo, que es su hijo, en el que hay que tener fe, el cual le pedirá al Padre que te envíe al Espíritu Santo si has perseverado en la fe lo suficiente para tener fe. Si has perseverado mucho en la fe tendrás la fe necesaria para pedirle al hijo que le diga a su Padre que no te envíe más gracias, porque tu libertad de creer ha hecho posible que tu razón entienda la revelación de su hijo que reflejó, en unos libros inspirados por el Espíritu Santo, la voluntad del Padre de que tengas fe en él. Pero, como necesitas tener fe para creer que los libros revelados fueron inspirados por el Espíritu Santo, persevera en la fe: "Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios" (162) Está claro, ¿no? Si tú no tienes fe en la inspiración divina, persevera en la fe, alimentándola con la revelación de la que no estás muy seguro de que sea la palabra de Dios. Si es así, es que no tienes suficiente fe en lo que dijo su hijo en la revelación. Pero, como la luz natural de la razón te permite conocer a Dios, ¿para qué necesitas tanta fe? por lo tanto, estate tranquilo, que, como tienes fe por la razón, Dios te enviará al Espíritu Santo para que ilumine, a través de la revelación, lo que supera tu entendimiento. Ya que tener fe en la razón implica tener razones para tener fe, y, como la fe es libre, tú puedes tener la voluntad de tener fe o no tenerla; y como "nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe" no te puedes condenar en el caso de que el Padre no le haya dicho al Espíritu Santo que te inspirara la fe. O sea, que Dios lo tiene todo previsto. Si Dios no te envía la gracia por aquello de que un descuido lo tiene cualquiera, no te condenas; Dios se hace cargo de su fallo, es decir, que la fe está asegurada a todo riesgo. No obstante, tienes una franquicia, ya que, si tú quieres, puedes tener toda la fe del mundo, ¡te dan tantas facilidades para creer, que no tienes excusa! Es más, la fe es gratis, te la regalan, "La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo" (162) Si pierdes la fe, tranquilo, hay más. Aparte de que tu inteligencia puede encontrarla otra vez cuando quieras, todo es cuestión de proponérselo. Si aún así no te basta, acude otra vez a la revelación que hizo el hijo, a través del Espíritu Santo, a la Iglesia Católica, que, como representante de Dios en la tierra, le pedirá al Padre, por mediación del hijo, que te vuelva a enviar al Espíritu Santo. Si tu conciencia no te permite tener fe, por aquello de que la razón se resiste a creer en lo que dice la revelación, es que algo va mal; háztelo mirar, ya que "...la certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural" (157) Es más, la fe lo puede todo. Si te ves incapacitado para tener fe, como la fe mueve montañas, ten mucha fe y así podrás tener fe, más fácil no te lo pueden poner. Además, la fe trata de comprender "es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor en aquel en quien ha puesto su fe y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará, a su vez, una fe mayor"... (158) Es decir, de lo que se trata es de comprender, si comprendes tienes más fe ¿comprendes? En resumen, si te encuentras a alguien por la calle que te dice que encima lleva un portaviones invisible de trescientas mil toneladas, y se mosquea si no le crees, te aconsejo que tengas fe en él ¡te podría tirar el portaviones encima!

Quizás, esa ironía y sarcasmo no entonen en un escrito que pretende ser serio ¡pero no me he podido contener! Por muy respetuoso que se intente ser ante unas creencias como las de la Iglesia Católica, a la luz de su Catecismo, son tantas las contradicciones y despropósitos que se encuentran en sus afirmaciones, que el resultado final no puede ser otro que el de la sátira o el de la broma.

Después de este irónico -pero no menos objetivo- análisis sobre la fe, se puede entender mejor mi opinión sobre ella, al conceptuarla como un mecanismo psicológico de autoalimentación, que es con lo que juega la Iglesia para someter a sus fieles. La imposibilidad de demostrar la existencia de Dios hace emerger, desde la tradición judía, un fenómeno tan absurdo como alienante: si no crees por la razón, vas a creer por la fe, y si no hay fe no hay salvación. El creyente se ve atrapado en un círculo vicioso por el cual no puede permitirse la licencia de perder la fe por no ofender a su dios.

No conozco a nadie que haya movido un sólo granito de arena a través de la fe; mientras que la razón ha movido montañas de roca en minas, túneles y construcciones diversas. Curiosamente, el surgimiento, tan esencial, de los valores democráticos y de las libertades humanas fue debido a la revolución de la razón frente a la dictadura de la fe. La Iglesia Católica ejercía el poder sobre el mundo, tanto de las creencias como de las ciencias, sometiendo a estas últimas a la fe. Sin

embargo, hoy se han cambiado los papeles. La razón es tan poderosa que está inquietando a la jerarquía eclesiástica al tambalearse los cimientos de la propia fe: el heliocentrismo, la teoría de la evolución y el Big Bang han sido admitidos por la Iglesia en contra de sus creencias. Es irónico que todavía sea capaz de afirmar que “a pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas (...) por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios”. En el diccionario de la iglesia no existe la palabra “contradicción”.

A la vista de los hechos ¿puede la fe reclamar un sitio en el campo del conocimiento? No sólo no puede, sino que debe ser rechazada por completo. La fe queda despojada de su propia credibilidad ante la carencia absoluta de resultados durante los siglos de su existencia. El único papel que le queda es el de adoctrinamiento y manipulación de masas: “La eficacia de una propaganda política y religiosa depende esencialmente de los métodos empleados y no de la doctrina en sí. Las doctrinas pueden ser verdaderas o falsas, pueden ser sanas o perniciosas, eso no importa. Si el adoctrinamiento está bien conducido, en la etapa adecuada de postración nerviosa tendrá éxito. En condiciones favorables, prácticamente todo el mundo puede ser convertido a lo que sea”. (Aldous Huxley).

La existencia de Dios

“Una de las maravillas de Dios es que nadie ha podido demostrar su inexistencia”. De un filósofo hindú.

Esta frase que encabeza el presente apartado la escuché en una tertulia en la que se hablaba de Dios. Afortunadamente, en esta ocasión, estaba lo suficiente abastecido y pertrechado de argumentos para responder a tan ñoña afirmación. ¿No es, igualmente, una maravilla el que nadie ha podido demostrar la inexistencia de los caballos verdes con alas? Ante tal despropósito ya, en el siglo IV a.C., Euclides de Megara propuso el principio por el cual las afirmaciones negativas de existencia son verdaderas hasta que no se demuestre lo contrario, cargando la prueba de demostración sobre el que afirma y no en el que niega. Efectivamente, en principio, es imposible demostrar que algo no existe a no ser por su propia contradicción. No podemos aceptar la existencia de un círculo cuadrado por su inherente incoherencia. Por la misma razón, el principal enemigo de la existencia de Dios, es su propia definición. Mas, no sólo las contradicciones pueden determinar su inexistencia, sino que el análisis histórico del origen del concepto o idea de Dios nos permite ver su evolución, desde la invención del alma por el hombre prehistórico, y su metamorfosis, a lo largo de las diferentes civilizaciones y culturas, que desembocó en la idea de un dios único creador y causa primera de todo lo existente. No obstante no me voy a entretener en el estudio de la evolución de la idea de Dios -doctores tiene la antropología- aunque dicho estudio, por sí mismo, debería ser suficiente para convencer a cualquiera de la patente invención humana de dicho ser. Me centraré en el que considero el argumento más demoledor, que implica la mayor contradicción de todas, y que es tan evidente que hasta la mente de un niño puede divisarla. Me refiero, naturalmente, a la incompatibilidad del sufrimiento humano con la bondad y omnipotencia de Dios, aunque explicado de forma totalmente diferente de como se presenta habitualmente.

La dignidad humana es una cualidad que está intrínsecamente ligada con los derechos y éstos, a su vez, surgen automáticamente de la capacidad de sentir. En todos aquellos seres sintientes se halla, de forma implícita, dicha cualidad que emana de este principio básico y fundamental inscrito en la lógica humana: no desearás para los otros lo que no deseas para ti. La ley natural, basada en el sentido común, mucho antes que cualquier moral particular o religiosa, patentiza esa voluntad de no causar ningún tipo de sufrimiento a cualquier ser que sea capaz de experimentarlo. La dignidad puede definirse como un respeto reverencial ilimitado hacia toda criatura que, en contra de su voluntad, ha sido capacitado de un efectivo, pero terrible, sistema de supervivencia que le hace huir, a través del dolor, de todas aquéllas situaciones que pongan en peligro su integridad física. La fragilidad, tanto de los animales como del ser humano, ante los avatares de la vida y, sobre todo, el hecho de no haber elegido su condición de ser sufriente, le confieren, si cabe, una mayor dignidad que, posiblemente, quedaría disminuida ante unos seres, que por su propia voluntad, hubieran escogido la posibilidad de sufrir. ¿Acaso posee, Dios, un sistema de supervivencia tan doloroso como el del ser humano?

Más, no sólo el ser humano sufre las consecuencias de ese maldito mecanismo de alarma ante el peligro, sino que es, en sí mismo, un cúmulo de necesidades tanto físicas, psicológicas como emocionales que le producen multitud de frustraciones ante la dificultad y, a menudo, imposibilidad de satisfacerlas. Al hombre, que quisiera saberlo todo a través de la curiosidad científica como filosófica, le comunican que hay un ser que es omnisciente; al hombre, que se halla tan indefenso e impotente ante la naturaleza y su propia debilidad, le dicen que ese mismo ser es omnipotente; al hombre, que busca desesperadamente el amor, le aseguran que ese ser es el amor personificado; al hombre, que busca la perfección, al ser inmensamente imperfecto, le dicen que ese ser es la perfección suma. Entonces, el hombre, dirigiéndose a ese ser le pregunta: “oye, tú ¿qué has hecho para obtener todas esas cualidades que yo busco?” Y ese ser le responde: “Nada. Yo soy así desde siempre, desde la eternidad”. “Entonces, ¿no has hecho ningún mérito para merecer esa situación tan privilegiada?”, le inquiere el hombre, “Pues así es. Si hubiera hecho méritos para merecer tal situación eso implicaría un antes y un después: un antes en el que todavía no tenía todos estos privilegios y durante el cual hacía méritos, y un después en el que esos méritos se habrían materializado en esos privilegios. Insisto en que soy así desde siempre”. -“¿Y yo, no podría obtener, aunque sea una pequeña parte de esos privilegios?” -“Pues mira, precisamente te he creado para que, después de cumplir unos preceptos, puedas llegar a ser feliz” -“Pero, ¿por qué no puedo ser feliz sin tener que cumplir esas obligaciones? Tú mismo me afirmas que no hiciste nada para merecer la felicidad y la perfección, en cambio, yo, tengo que pasar por el tubo ¿por qué, insisto?” ¿Qué respuesta podría dar ese ser al hombre, que no fuera ignominiosa y que le convenciera de que esa discriminación que sufre el hombre no es una injusticia? La creación del hombre por parte de ese dios supondría el mayor ataque a la dignidad humana. La omnipotencia de ese dios, no podría evitar la creación de un ser sufriente sin dignidad, ni impedir que esta misma dignidad sea ilimitada. El hombre podrá ser todo lo inferior que se quiera respecto de su creador, pero la dignidad humana está por encima de cualquier dios; un dios que ante la fragilidad e indefensión del hombre debería postrarse ante él reverenciándolo con todo el respeto y admiración como lo hace una madre ante su hijo recién nacido. La creación de un ser sufriente, en contra de su voluntad, y al que se le exige el cumplimiento de un severo código para obtener una felicidad, que su creador obtuvo sin ningún mérito, supone una aberrante y abominable injusticia que contradice la supuesta justicia de ese dios. La dignidad humana implica, necesariamente, la propiedad de sí mismo. Dios no tiene derecho a disponer de lo que él ha creado; lo contrario supondría el mayor abuso de poder que se pudiera cometer. Dios, al crear al hombre, se encuentra ante una dificultad ineluctable: su dignidad. Si existe un ser que se encuentra en la situación de máximo privilegio que se pueda imaginar, el hombre, y cualquier ser sintiente, tienen el mismo derecho a estar en esa misma situación, el hombre tiene derecho a ser Dios.

Está claro que Dios no cumple el principio humano el que me refería al principio de este capítulo. ¿Le gustaría a Dios estar en la piel del ser humano? ¿Se atrevería, Dios, a cambiarle el sitio al hombre, pasando éste a ser Dios y éste a ser hombre? Es más, ¿por qué iba a crear un ser perfecto, que no necesita de nada, a un ser tan imperfecto como el hombre? La necesidad contradice el atributo de perfección. No obstante, según la Iglesia Católica, Dios creó al hombre “para alabanza y gloria de su nombre” (al menos es lo que nos decían de pequeño). La explicación que da el Catecismo actual no difiere mucho: “Es una verdad fundamental que la escritura y la Tradición no cesan de enseñar y de celebrar: El mundo ha sido creado para la gloria de Dios” (Cc. Vaticano I). Es decir, que Dios que es perfecto, tiene la necesidad de loas y honores cuando ha quedado claro que su grandeza no obedece a ningún mérito. Aparte de la evidente contradicción, ya apuntada más arriba, que hace incompatible la necesidad con la perfección, de todas las necesidades que pudiera tener Dios, escogió unas de las más abominables, la vanidad y la soberbia. No sólo estamos aquí abajo sufriendo, mientras que Dios goza de la máxima felicidad allá arriba, sino que se nos amenaza con más sufrimiento pudiendo llegar a ser infinito, si no cumplimos unos requisitos que nuestro creador no tuvo que cumplir, y todo esto por el capricho de un Dios que nos creó para que nos pasáramos toda la vida diciéndole ¡Sí, bwana!... ¡Alabanzas, glorias y honores a un señor que no ha hecho nada para merecerlos! Dicha necesidad de alabanzas surge de uno de los más evidentes antropomorfismos en los que incurrió, y se sigue incurriendo todavía, el que confeccionó la idea de Dios, y de la necesidad humana de someterse a las autoridades. La sumisión voluntaria a unos individuos, por el hecho de ser superiores, despoja al sometido de su dignidad entregándosela a dichos superiores por el hecho de sentirse inferior. La máxima humana “todos somos iguales” incluye a su creador.

El origen de ese comportamiento humano instintivo que se halla en una gran parte de la humanidad consistente en someterse a fuerzas bien sean divinas o humanas, puede tener el origen en el desconocimiento del hombre primitivo de las causas y efectos que rigen la naturaleza interpretando a su manera las fuerzas ineluctables de aquellos fenómenos que le sobrepasaban, por lo que les confería un poder “personificado” y teleológico, esto es, con intencionalidad, al que por prudencia innata convenía someterse. Al antropomorfizar esas fuerzas el ser humano entabló una relación con ellas similar a la relación entre él y la autoridad de turno, jefe de tribu, líder del clan, es decir, adoptó una actitud totalmente sumisa al interpretar que los deseos de cualquier poder o autoridad son, precisamente, el sometimiento de todas las otras fuerzas y seres más débiles. Hoy sabemos, o deberíamos saber, que la necesidad de una autoridad obedece a cuestiones de organización y eficacia, pero nunca a una realidad ontológica superior de ningún ser humano por ir en contra del principio básico que rige nuestra sociedad y que se sustenta en la igualdad de todos los seres humanos. Los vestigios de las monarquías impiden en la actualidad hacer efectivo ese principio al cien por cien; mas, no sólo este hecho confiere una estatus superior a ciertas personas, sino que la emergencia constante de ídolos, muchos de ellos creados “ad hoc”, desde el mundo mediático, artístico o deportivo sitúa voluntariamente a ciertos individuos por debajo de dichos ídolos.

Las razones por las que alguien pueda sentirse inferior son de origen psicológico y sociológico y, por supuesto, enormemente intrincadas. El estudio realizado por Erich Fromm en su obra “El miedo a la libertad” proporciona una excelente visión sobre las causas que originaron que millones de personas se sometieran a una autoridad patológica como la de Hitler, y, aunque este excelente trabajo pueda explicar un fenómeno sociológico particular, son muchos los casos en los que a lo largo de la historia de la humanidad un sector se ha sometido voluntariamente a ciertos poderes y no, precisamente, por cuestiones de disciplina o eficacia.

Lo primero que deberíamos analizar antes de entrar en las causas es si realmente puede existir alguien superior a otro; en qué consiste esa superioridad, si se diera; y, por último, y lo más relevante, si la superioridad por sí misma justifica el sometimiento de la inferioridad.

Aunque haya situado en primer lugar la cuestión de la posible existencia de alguien superior, no se puede responder a ésta sin participar necesariamente de la segunda, esto es, cuando hablamos de superioridad debemos preguntar ¿superioridad de qué? Prescindiendo de la superficialidad de ciertos atributos banales o triviales que se confieren a ciertos ídolos, ya citados, desde la ignorancia e incultura de un gran sector social, deberemos convenir que el diagnóstico de una supuesta superioridad debe realizarse desde la preeminencia de aquellos valores y virtudes reconocidos universalmente como los principales y básicos en toda sociedad civilizada. Por lo tanto no es difícil responder afirmativamente a la existencia de individuos más virtuosos que otros. Y entonces surge la última cuestión, ¿puede la existencia real de más virtudes en un individuo justificar la sumisión del menos virtuoso al más virtuoso? ¿En qué consiste someterse? No hay que olvidar que estoy tratando aquí la sumisión voluntaria y no la que es fruto de la dominación forzosa por las armas u otro sistema coercitivo, por lo que si prescindimos de las evidentes ventajas pragmáticas que se obtienen de dejarse llevar por el que sabe más o tiene mayor experiencia y de la conveniencia de la autoridad civil, nada nos obliga a autorizar la sumisión.

En una sociedad moderna y libre como la occidental en la que han desaparecido las circunstancias sociales, políticas y económicas como las que se dieron en Alemania después de la primera guerra mundial, que sumadas a las psicológicas específicas, sadomasoquistas, según Fromm, dieron lugar al fascismo nazi, las causas por las que alguien pueda sentirse inferior a otros miembros de la sociedad deben buscarse en la complejidad psicológica del individuo, independientemente de las circunstancias sociológicas y culturales de cada momento histórico. Dentro de esta complejidad quiero destacar el llamado “complejo de inferioridad” muy extendido en la sociedad y que, dependiendo de la intensidad del mismo, puede llegar a ser patológico. Dejo en manos de los psicólogos el estudio de sus causas y me limito a mencionar la “falta de personalidad” como posible fenómeno que se deriva de esa falsa apreciación de inferioridad respecto de otros. Si admitimos una mayor presencia de facultades, virtudes o cualidades en unos individuos ello sólo puede llevarnos a la admiración moderada y el justo reconocimiento de dichas cualidades sin desembocar en esa sumisión irracional consistente en adorar, alabar, rendir honores y culto tanto a entidades humanas como divinas. Dicha admiración y reconocimiento de mayores virtudes no sitúan a la persona equilibrada, que reconoce y admira, por debajo de nadie sino que la igualdad basada en la dignidad prohíbe, de hecho, la emergencia de sentimientos tanto de inferioridad como de superioridad. La falta de personalidad sitúa voluntariamente a ciertos individuos por debajo de

otros que, al ser colocados sobre un pedestal de atributos inexistentes o faltos de sustancialidad, posibilitan la creación de ídolos de toda ralea propiciando el hecho de que, en la actualidad, los famosos lo son más por sus banalidades que por sus virtudes.

El corolario que se desprende de estas últimas líneas es que podemos distinguir entre dos tipos de sumisión o sometimiento. Uno de tipo pragmático, que sin rebajar la dignidad de nadie obedece a razones organizativas, disciplinarias, de orden y eficacia, cuyo paradigma lo hallamos en la sociedad democrática en la que cualquier ciudadano puede ser elegido como la máxima autoridad del estado o nación. Y el otro en el que, además de mermar la dignidad del sometido, se confiere a la autoridad, tanto civil como divina, un estatus ontológico muy superior por lo que se le concede una mayor dignidad y respeto en función de unas cualidades y propiedades inexistentes fruto de la invención humana.

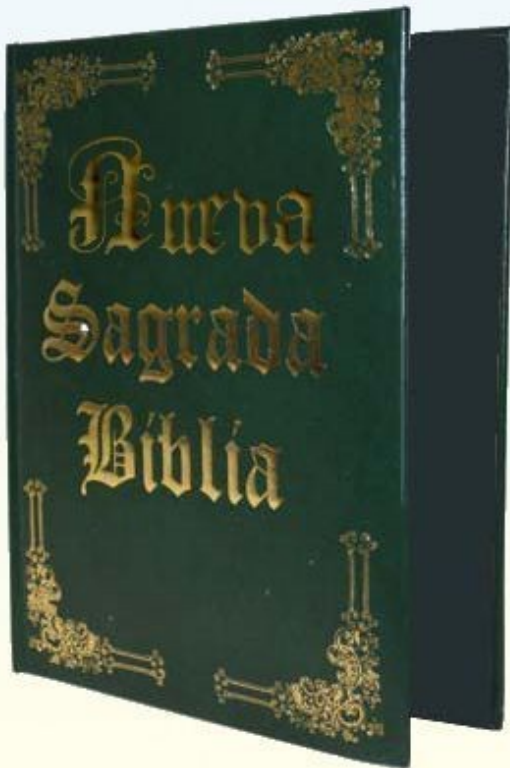
En un anterior escrito sobre el determinismo apuntaba los argumentos en contra del libre albedrío, esa libertad que según la sociedad nos hace responsables y, por tanto, merecedores de premio o castigo. No estaría de más intercalar aquí dicho escrito, ya que quien sea capaz de aceptar el determinismo podrá entender con toda claridad que éste es una de las bases de la dignidad humana. En el transcurso de la historia el ser humano ha ido obrando según la mentalidad predominante de la época, a veces a favor de la razón y otras en contra, pero en algunos momentos sus decisiones obedecieron a una intuición que posteriormente fue ratificada por la razón. Pues bien, en la actualidad se está produciendo un hecho que podría ser de esta índole, a saber. La evolución de los principios éticos y morales rechazan cada vez más los castigos físicos como método para luchar contra la delincuencia. La tortura como pena disciplinaria no es, en absoluto, aceptable en una sociedad civilizada. ¿Por qué? ¿Quién sabría aportar argumentos precisos que justifiquen el castigo del encarcelamiento, un sufrimiento psicológico considerable, y no de los sufrimientos físicos? ¿Acaso alguien se atrevería a considerar el castigo físico como indigno y el encarcelamiento como digno? ¿Puede haber castigos dignos? ¿No será la respuesta correcta que la privación de libertad es menos indigna que la tortura dando a entender que todos los castigos son indignos? Y si se llegara a la conclusión de que todos los castigos son indignos, ¿no es lo mismo que decir que son injustos? Independientemente de la justicia o injusticia de los castigos lo único que podemos concluir es que el castigo es un mal necesario; y que lo que importa extraer de todo ello es que la dignidad, ese respeto reverencial hacia todo ser con capacidad de sufrir psíquica o físicamente, se fundamenta en el hecho incuestionable de que nadie ha podido elegir entre existir o no existir y, que una vez obligados a pasar de la nada a la existencia, nadie ha podido escogerse a sí mismo. No tener la culpa de lo que uno es, constituye la razón de ser de la dignidad, tanto en los seres humanos como en los animales y esa dignidad, a su vez, es la base de la igualdad. El determinismo anula automáticamente la pretensión de privilegios de unos sobre otros y delata la injusticia que se halla implícita en cualquier tipo de sumisión que no esté justificada por los ya mencionados motivos de eficacia, organización o disciplina. Las alabanzas, los honores, homenajes y cualesquiera otros tributos quedan desautorizados por la involuntaria presencia de virtudes y cualidades en los individuos y, no obstante, en la inmensa mayoría de veces, la sumisión consiste en proclamar y ensalzar las virtudes de los ídolos. Sin embargo, en el caso de que uno desatienda por completo las teorías deterministas y crea en los méritos de las personas, este hecho sólo justificaría las alabanzas pero no la sumisión ni la exigencia de reconocimientos por parte de los más virtuosos, es decir, quien quiera rendir culto u honores debe hacerlo desde la libertad y nunca desde la coerción.

Imaginemos, por un momento, la existencia de una civilización extraterrestre superior a la nuestra en tecnología, en conocimientos e incluso en principios morales. ¿Justificaría ello la sumisión de la humanidad a un poder extraterrestre? Y si hubiera otra civilización superior a esta última y, por tanto, muchísimo más superior a la nuestra, ¿tendría derecho a someternos? Si seguimos aumentando el listón de los posibles poderes de supuestas civilizaciones, ¿hallaríamos un poder suficiente que autorizara el sometimiento de los inferiores? ¿No sería dicho sometimiento un abuso de poder? Si ni la cantidad de poder ni la cualidad del mismo justifican la sumisión ¿qué otro factor puede autorizar la sumisión a Dios?

Humor Ateo

Por Torata

¡Nueva y moderna edición!



- *Sin contradicciones*
- *Sin redundancias*
- *Sin crueldad*
- *Sin mentiras*
- *Sin inconsistencias científicas*
- *Sin esclavitud*
- *Sin homofobia*
- *Sin misoginia*

¡Pídala en su iglesia más cercana!

Actualidad

El Gran Reto Tántrico

El 3 de marzo de 2008, en un popular show de televisión, Sanal Edamaruku, el presidente de *Rationalist Internacional*, retó al más "poderoso" mago tántrico hindú (practicante de magia negra) a que le demostrara sus poderes sobre él. Eso fue el inicio de un experimento sin precedentes.



Después de que los mantras (palabras mágicas) y las ceremonias de tantra fallaron, el mago decidió matar a Sanal Edamaruku con "la máxima ceremonia de destrucción" durante una transmisión en vivo de televisión. Sanal Edamaruku aceptó y se sentó en el altar para el ritual de magia negra. La televisión hindú fue testigo de cómo los ratings de audiencia se elevaron hasta el cielo.

Todo inició, cuando Uma Bharati (Ex Ministra del Estado de Madhya Pradesh) acusó a sus oponentes políticos en una declaración pública de usar poderes tántricos para causarle daño. De hecho, con pocos días de diferencia, la

desafortunada dama había perdido a su tío favorito, golpeó la puerta de su automóvil contra su cabeza y descubrió sus piernas llenas de heridas y ampollas.

India TV, una de los mayores canales Hindi con más cobertura, invitó a Sanal Edamaruku a una discusión sobre "El Tantra contra la Ciencia". Pandit Surinder Sharma, quien dice ser el mago de los principales políticos y es bien conocido por sus shows de TV, representó el otro lado. Durante la discusión, el tántrico mostró una pequeña figura humana hecha con harina de trigo, puso un cordón alrededor de ella y la apretó. Declaró que él era capaz de matar a cualquier persona en sólo tres minutos ocupando magia negra. Sanal lo retó a que lo tratara en él.

El tántrico lo trató. Cantó sus mantras (palabras mágicas): "Om lingalingalinga, kilikili...". Pero sus esfuerzos no mostraron ningún impacto sobre Sanal, nada después de tres minutos, y nada después de cinco minutos. Extendieron el tiempo una y otra vez. La discusión original del programa debió de terminar aquí, pero las "noticias de última hora" sobre el gran reto tántrico estaba sobrepasando el calendario de todos los programas.



Ahora el mago tántrico cambió su técnica. Empezó a rociar agua sobre Sanal y a blandir un cuchillo frente a él. A veces movía el filo del cuchillo sobre todo su cuerpo. Sanal no se estremeció... Entonces tocó la cabeza de Sanal con su mano, frotando su cabello, presionando su frente, colocando su mano sobre sus ojos, presionando con sus dedos sobre las sienes. Cuando lo presionaba más y más fuerte, Sanal le recordaba que se suponía que sólo debía de utilizar magia negra, no ataques de fuerza para derribarlo. El tántrico tomó un nuevo aire: agua, cuchillo, dedos, mantras. Pero Sanal seguía mostrándose saludable e incluso divertido.

Después de cerca de dos horas, el conductor declaró la derrota del tántrico. El tántrico no la admitió y trató de excusarse diciendo que un dios muy poderoso, que Sanal adora, lo debe de estar protegiendo. "No, yo soy ateo" dijo Sanal Edamaruku. Finalmente, ya caído en desgracia, el tántrico trató de salvar su reputación diciendo que había un hechizo especial de magia negra que nunca fallaba, el de la destrucción máxima, el cual podría sólo ser realizado de noche. Mala suerte, ya que no se pudo salir con la suya y lo retaron a probar sus palabras en otro programa de noticias "Breaking News".



En las siguientes tres horas, India TV emitió promocionales sobre *El Gran Reto Tántrico*, llamando a varios cientos de millones de personas a sus aparatos de televisión.

El encuentro tuvo lugar en un lugar bajo un cielo nocturno al aire libre. El tántrico y sus dos asistentes estuvieron iniciando un fuego. Sanal estaba de buen humor. Una vez que la magia máxima fuera invocada, ya no habría marcha atrás, el tántrico advirtió. En los próximos dos minutos, Sanal se volvería loco, un minuto después gritaría de dolor y moriría. ¿No quería salvar su vida antes de que fuera demasiado tarde? Sanal rió, y la cuenta regresiva inició. Los tántricos cantaron "Om lingalingalinga, kilikilili..." seguido de una cascada constantemente cambiante de palabras y sonidos extraños. La velocidad se incrementaba históricamente. Ellos echaron mano de todo tipo de ingredientes mágicos arrojándolos a la llamas, produciendo diferentes colores, sonidos mientras se chamuscaban y humo blanco. Mientras cantaban, el tántrico se acercó a Sanal, movió sus manos frente a él y lo tocó, pero fue llamado por el conductor. Después de los intentos anteriores del tántrico de utilizar la fuerza sobre Sanal, se le advirtió que mantuviera su distancia y evitara tocar a Sanal. Pero el tántrico "olvidó" esta regla una y otra vez.

Ahora el tántrico escribió el nombre de Sanal en un pedazo de papel, lo rompió en pequeños pedazos, lo sumergió en un recipiente con aceite hirviendo y lo tiró dramáticamente a las llamas. No pasó nada. Cantando y cantando rociaban agua sobre Sanal, restregó un montón de plumas de pavo real sobre su cabeza, arrojó semillas de mostaza al fuego y varias cosas más. Sanal sonrió, nada ocurrió y el tiempo se agotaba. Solamente siete minutos antes de la medianoche. El tántrico decidió utilizar su arma máxima: el muñeco de harina de trigo. Lo amasó y lo espolvoreó con ingredientes misteriosos, y luego le pidió a Sanal que lo tocara, él así lo hizo y la gran magia por fin inició. El tántrico perforó con clavos el muñeco, lo cortó salvajemente con un cuchillo y lo tiró al fuego. Para ese momento, Sanal debió de haber sucumbido. Pero no fue así. Él rió. Cuarenta segundos, contó el conductor, veinte, diez, cinco... ¡se terminó!



Millones de personas habrán dado un respiro de alivio frente a sus televisores. Sanal estaba bastante vivo. El poder tántrico había fallado miserablemente. Los tántricos crean tal atmósfera tenebrosa que incluso las personas equilibradas, que saben que la magia negra no tiene fundamentos, pueden sucumbir ante el miedo, comentó un científico durante el programa. Se

necesita mucho valor y confianza para retarlos y poner la vida de uno en peligro. Haciendo esto, Sanal Edamaruku ha roto el hechizo, y ha disminuido mucho del miedo de aquéllos que presenciaron su triunfo.

Esa noche, una de las supersticiones más peligrosas y extendidas de India sufrió un gran golpe.

El programa completo fue videograbado y se encuentra disponible.

Si desea una copia, por favor contáctese con info_desk@rationalistinternational.net

Traducción: Miguel Ángel Landgrave Martínez

Nota publicada en Rationalist International

http://www.rationalistinternational.net/article/2008/20080310/es_1.html

Teorema

Por Susana Tampieri
Miembro de ArgAtea

Los Andes publicó mi artículo "Recordando a Giordano Bruno" el pasado 20 de febrero. Rescato un párrafo a cuento de lo que plantearé después: "La intromisión clerical en la vida privada de las personas; en sus creencias, sus estados civiles, sus elecciones sexuales, el dominio sobre sus cuerpos, se amplía. Se actúa como si el catolicismo fuera la única religión a la que una persona debe adscribirse y se asocia la patria a la Iglesia".

Consideremos este párrafo como la proposición de un teorema (Teorema, según el diccionario Enciclopédico Labor, es "una proposición que afirma una verdad demostrable").

La demostración -que es el paso siguiente- me llegó a través de una noticia breve publicada por Los Andes el 19 de marzo pasado, bajo el título de "Micrófono Oculto" que dice así: "Fiel a su estilo, el vicegobernador Cristian Racconto -por estos días a cargo de la Gobernación en ausencia de Celso Jaque- invitó a todos los empleados de la Legislatura a una misa por Semana Santa, para hoy a las 8.30, en el salón de los Pasos Perdidos de la Casa de las Leyes. La invitación dice textualmente: 'Se invita a un momento de reflexión con el padre Matías, con motivo de la Semana Santa'".

Corolario: En el mismo recinto republicano donde se elaboran las leyes para todos los mendocinos, sin discriminación ideológica, económica, racial o de cualquier otra índole, durante el horario de trabajo de un día hábil, se "invita" (las "invitaciones" de los jefes resultan tener una carga extra de imposición) a todos los empleados, a concurrir a una misa para que reflexionen.

¿Es ésta una teocracia o un gobierno republicano?

Ya no quedan ámbitos públicos que no hayan invadido. Si usted profesa otra religión o ideología o es librepensador o simplemente no tiene ganas, debe encerrarse en su casa, bajar las cortinas y ponerse anteojeras y auriculares. Y si tiene medios: irse... irse al campo... al aire libre... donde impera el laicismo de la Naturaleza.

Si desea agregue otros corolarios.

Nota publicada en el diario Los Andes

<http://www.losandes.com.ar/notas/2008/3/24/escrbeellector-350799.asp>
